



## LECTURA Y SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO

PEDRO C. CERRILLO TORREMOCHA\*

**RESUMEN.** En nuestra sociedad, la lectura no es un ejercicio normalizado, porque no es entendida ni aceptada como un «derecho ciudadano» de primera necesidad y porque no ocupa un lugar mínimamente importante en el tiempo de ocio de los españoles. Y, sin embargo, España es el quinto país del mundo en producción editorial, con más de 60.000 novedades anuales; es decir, somos una gran potencia editorial, pero no lectora. Aunque nunca se ha leído tanto como ahora ni nunca han existido tantos lectores, leer no está de moda; al contrario, es una actividad muy poco valorada por la sociedad, por los medios de comunicación y, particularmente, por los jóvenes. Además, la lectura ha sufrido y está sufriendo, cambios importantes.

**ABSTRACT.** In our society, reading is not a regular habit, because it is neither understood nor accepted as a basic «citizen's right» and because it does not even figure minimally in the leisure time activities of Spaniards. Yet in the realm of publishing, Spain occupies fifth place in the world in terms of output, with more than 60,000 new publications annually; that is to say our strengths lie in the realm of publishing but not in that of reading. Although never before has so much reading been done as now, nor have there ever existed so many readers, reading is not fashionable; quite the opposite, it is an activity which is valued very little by society, the media and particularly by young people. Furthermore, reading has undergone and continues to undergo great changes.

### INTRODUCCIÓN

Se dice, a veces, que nuestra sociedad es la «sociedad de la información»; otras veces, que es la «sociedad del conocimiento». Pero información no es lo mismo que conocimiento. La información es algo externo y rápidamente acumulable, que no es nada si no se asimila, se discrimina, se procesa y se enjuicia y eso no es posible sin

competencia lectora. Sin embargo, el conocimiento es algo interno, estructurado, que se relaciona con el entendimiento y con la inteligencia, que crece lentamente y puede conducir a una acción.

En nuestra sociedad, la lectura no es un ejercicio normalizado, porque no es entendida ni aceptada como un «derecho ciudadano» de primera necesidad y porque no ocupa un lugar mínimamente

---

(\*) Universidad de Castilla-La Mancha.

importante en el tiempo de ocio de los españoles; sirva como ejemplo el que se refiere a los niños y adolescentes: en un estudio publicado en 2004, aunque los datos son de 2002, se indica que, en el orden de preferencia de actividades en el tiempo libre, la lectura queda relegada al penúltimo lugar, sólo por delante de «no hacer nada» (Marchamalo, 2004). Y, sin embargo, España es el quinto país del mundo en producción editorial, con más de 60.000 novedades anuales; es decir, somos una gran potencia editorial, pero no lectora.

Aunque nunca se ha leído tanto como ahora ni nunca han existido tantos lectores, leer no está de moda; al contrario, es una actividad muy poco valorada por la sociedad, por los medios de comunicación y, particularmente, por los jóvenes: incluso a muchos adolescentes, de los que leen habitualmente, les da vergüenza reconocer ante sus amigos que son lectores.

Además, la lectura ha sufrido y está sufriendo cambios importantes. Enrique Gil Calvo habla de una «desnaturalización lectora», que afecta a la cualidad lectora, es decir a qué se lee, aunque no a la cantidad de lecturas (Gil Calvo, 2001, 19). Hoy hay más lectores que nunca, pero ¿cuántos de esos lectores leen textos que no sean instrumentales? La lectura por la lectura, por gusto, por enriquecimiento personal, por conocimiento del mundo, o la relectura, ya no son objetivos básicos de la lectura. Mucha de la lectura que se practica es instrumental; se lee más como fuente de información que como fuente de conocimiento. Los peligros de practicar sólo esa lectura son las limitaciones que termina imponiendo al lector.

## LECTORES TRADICIONALES Y NUEVOS LECTORES

Antes, el concepto de lector se podía asociar, entre otras cosas, a su frecuencia

lectora o al uso que hacía de las bibliotecas. Hoy, en cambio, muchos bibliotecarios suelen comentar que hay más usuarios que nunca y que se realizan numerosas actividades de animación a la lectura, pero que no es detectable un notable aumento de lectores ni de hábitos de lectura; y es que muchos de esos usuarios acuden a las bibliotecas como lugar de encuentro, para solicitar el préstamo de materiales audiovisuales o para conectarse a Internet. Por otro lado, es preciso reconocer que la animación a la lectura, en demasiadas ocasiones, se reduce a actividades puntuales, en las que se aplaude el espectáculo de un buen «cuentacuentos», se pregunta a un autor conocido o se juega con diversos pasatiempos, pudiendo confundirse la animación a la lectura con otras actividades de promoción cultural o de tiempo libre.

Leer no es un juego, sino una actividad cognitiva y comprensiva enormemente compleja, en la que intervienen el pensamiento y la memoria, así como los conocimientos previos del lector. Leer, una vez adquiridos los mecanismos que nos permiten enfrentarnos a una lectura, es querer leer, es decir, una actividad individual y voluntaria.

Los cambios en los modos de comunicación afectan también a la lectura y a la promoción de la misma, creándose nuevos espacios en unos tiempos que son diferentes, tiempos de globalización, multiculturalismo o inmigración. Todo esto puede provocarnos ciertas preguntas a las que, con dificultad, podemos encontrar respuesta: ¿Hay un sólo tipo de lectura? ¿Es necesaria la literatura? ¿Los antiguos lectores se parecen a los nuevos lectores? ¿Debemos fomentar la lectura escolar –lectura obligatoria–, a fin de cuentas, siendo la lectura una actividad libre y voluntaria?

Lo que parece indiscutible es que la lectura tiene que asumir nuevos retos, y esos retos van a exigir, si no lectores nuevos, sí lectores capaces de responder a los mismos, aunque desde la libertad y la autonomía crítica que le confieren su condición de lectores competentes.

En cualquier caso, quizá tengamos que hablar de dos tipos de lectores:

- *El lector tradicional*, lector de libros, lector competente, lector literario que, además, lee en los nuevos soportes de lectura.
- *El lector nuevo*, el consumidor fascinado por las nuevas tecnologías, enganchado a la red, que sólo lee en ella: información, divulgación, juegos, que se comunica con otros (chatea), pero que no es lector de libros, ni lo ha sido tampoco antes. Es un lector que tiene dificultad para discriminar mensajes, para entender algunos de ellos y para comprender y expresar pensamientos abstractos.

Este *nuevo lector* suele coincidir, además, con personas que no han tenido la experiencia de haber vivido la cultura oral que vivieron sus antepasados, porque la cadena de la literatura oral se está rompiendo, o se ha roto ya irremediablemente en algunos géneros, como la lírica, es decir, que muchos de esos nuevos lectores son jóvenes.

## TIPOS DE LECTURA Y LECTURA ESCOLAR

Hay muchos tipos de lectura, muchos de ellos instrumentales, pero, sabido es, que la verdadera lectura es la voluntaria, la que no tiene ninguna finalidad más allá de ella misma. El tema de los tipos de

lecturas es un asunto espinoso cuando nos referimos a niños y adolescentes.

Las lecturas obligatorias, que en el caso de la Literatura Infantil y Juvenil (LIJ) son las lecturas escolares, hay que aceptárlas y realizarlas. Son lecturas tan obligatorias como otras actividades y conocimientos escolares, e igual de obligatorias que otras normas o prescripciones de la vida social cotidiana. Son lecturas que exigen esfuerzo, disciplina, tiempo y dedicación. Presentadas con sinceridad y honestidad pueden ser aceptadas por los escolares, pero debemos demostrarles que esas lecturas serán importantes para ellos, al tiempo que les permitirán compartir con otras personas pensamientos, emociones, sueños o inquietudes.

Pero dicho esto, también debemos saber que nos podemos encontrar con dos problemas: la necesaria convivencia de la *lectura obligatoria* y la *lectura voluntaria*, por un lado, algo que no siempre es posible lograr en el ámbito escolar y que es más difícil conforme avanzamos en el nivel educativo en que trabajamos. Y, por otro lado, la selección de esas lecturas obligatorias, de modo que se pueda producir una relación de empatía entre el lector (sobre todo el adolescente) y el libro obligado.

No podemos olvidar, por mucho que obliguemos a una persona a leer, que la lectura tiene su base en la decisión personal de leer, libremente tomada por cada persona. Sería importante también reconocer que, en relación con la lectura, la responsabilidad prioritaria de la escuela es con los niños que «no saben leer», no con los niños que, sabiendo leer, no quieren leer (Moreno, 2003). Sí es responsabilidad de la escuela la competencia lectora –que sepan leer y comprender lo que leen– y la educación literaria de los escolares. La sociedad tiende a adjudicar a la escuela, injustamente, toda la

responsabilidad en la adquisición de hábitos lectores. Ana M<sup>a</sup>. Machado dice que la lectura en la escuela es:

El momento y el espacio de la salvación de la literatura, del posible descubrimiento y formación del futuro lector. Se multiplican así las iniciativas de apoyo a la producción editorial para esa área, las campañas de fomento a la lectura, los proyectos destinados a que los libros infantiles lleguen a la escuela. Nunca se ha hecho tanto en ese terreno. (Machado, 2002, 15)

Y, sin embargo, al llegar a la adolescencia, muchos chicos suelen perder el hábito lector adquirido en la escuela, refugiándose, en el mejor de los casos, en la lectura «fácil», abandonando los libros y las lecturas literarias. Una encuesta de la Fundación Bertelsman del año 2003 indicaba, que el 55% de los escolares entre 6 y 12 años afirmaba que le gustaba leer, mientras que en los chicos entre 12 y 16 años esa cifra bajaba al 8%. En ello influyen varios motivos, algunos de ellos ajenos al ámbito de influencia escolar: culturales (los hábitos de ocio alternativo), o cognitivos (las dificultades de comprensión o el esfuerzo excesivo que puede

suponer el ejercicio lector); otros motivos son educacionales (la falta de atención a la lectura comprensiva o la no diferenciación clara y precisa entre *lectura obligatoria* y *lectura voluntaria*).

Además, la lectura escolar es una lectura lastrada por su inclusión en un área como la que representa la unión de «Lengua y Literatura» y por esa «prescripción lectora» antes mencionada, se convierte en una lectura claramente instrumental: los escolares, que queremos que pronto y durante mucho tiempo sean lectores, deben enfrentarse a unos textos en los que se ejemplifican nociones y conceptos morfológicos, sintácticos y léxicos, o valores programados en el periodo educativo que corresponda, en detrimento de los valores literarios de esos textos. No es extraño que esos escolares huyan de la lectura en cuanto ésta no es una actividad obligada para ellos. Sobre este asunto ya se expresó Lázaro Carreter (1984, 7) hace muchos años:

El niño no se acerca al libro como al juego, al circo o al deporte; no existe entre sus apetencias. Antes bien, suele acoger la invitación al libro como una celada que lo apresará en el tedio. Porque sus primeros contac-

EN LA ESCUELA	FUERA DE LA ESCUELA
<ol style="list-style-type: none"> <li>1. Lectura instrumental, interesada.</li> <li>2. Lecturas obligatorias.</li> <li>3. Lecturas literarias fragmentadas.</li> <li>4. La lectura como DEBER.</li> </ol>	<ol style="list-style-type: none"> <li>1. Lectura no instrumental, improductiva.</li> <li>2. Lecturas libres.</li> <li>3. Lecturas literarias completas.</li> <li>4. La lectura como DERECHO.</li> </ol>
<p>PRESCRIPCIÓN LECTORA: la lectura de la que se requieren respuestas a preguntas o superación de pruebas concretas.</p>	<p>NO PRESCRIPCIÓN LECTORA: lectura autónoma y crítica.</p>

tos con él [contactos oficiales –precisamos nosotros–] son de vencimiento de obstáculos; primero, el de descifrar los signos gráficos y el de relacionarlos con el significado del léxico y del discurso; después, el de la comprensión de los distintos «saber»... Con el libro de texto, los muchachos, en rigor, no leen, sino que aprenden. No es raro que este esfuerzo les disuada del camino de la lectura (...).

A ello habría que añadir que en el contexto de la educación actual, que pretende preparar a los jóvenes para acceder a un mercado laboral inmediato y competitivo –es decir, una educación en la que se aprende «para algo concreto»–, la lectura tiene un valor exclusivamente instrumental. Pero ello no es una justificación para que las sociedades del siglo XXI, a través de sus programas de gobierno, sus planes educativos, sus métodos de enseñanza y sus medios de comunicación, atiendan sólo lo que los «mercados» van necesitando, apostando sólo por aquello que es útil a corto plazo y evitando el esfuerzo de aprender cosas que ayudarán a reflexionar sobre el mundo, el pasado y el presente, y a entenderlo y enjuiciarlo mejor y más críticamente, como si consideraran que todo eso es un asunto de «menor enjundia». Además, y aún con el objetivo antes mencionado (pragmatismo), el 26% de los alumnos españoles no logra acabar la educación obligatoria.

El hábito de la lectura voluntaria suele adquirirse en casa, no en la escuela, siendo una consecuencia de la voluntad de leer, que se ha podido reforzar con la práctica de la lectura en la familia. Lo más eficaz para que un niño lea es, probablemente, que vea leer. Sabido es que las conductas son aprendidas y muchas actitudes y hábitos también; y en ellos influyen factores sociales y culturales propios del contexto en que cada ciudadano vive.

En la creación de hábitos lectores estables el primer ámbito de influencia sería el de la familia; pero...

- ¿Leen los padres?
- ¿Se fomenta la lectura en el hogar?
- ¿Hay libros en los hogares españoles?

En segunda instancia, tras la familia, estaría la escuela. Y en tercera instancia, y en relación con las dos anteriores, la biblioteca. Pero...

- ¿La lectura de textos escolares, en los que el objetivo comprensivo está marcado de antemano, hipoteca –o, al menos, limita– la decisión de leer voluntariamente de niños y adolescentes? ¿Lo transversal es compatible con la creatividad?
- ¿Se escriben y se editan libros de LII condicionados por otros objetivos que no sean literarios?
- La obligatoriedad en el cumplimiento de determinados objetivos escolares, ¿condiciona a los profesores en el momento de elegir las lecturas literarias?
- Esa misma obligatoriedad ¿provoca que los bibliotecarios realicen las adquisiciones condicionados por ella?

El progresivo impacto de los medios de comunicación audiovisual, con la televisión a la cabeza de todos, no parece que sea la causa por la que muchas personas abandonan la práctica lectora en ese umbral antes referido que pasa de la infancia a la adolescencia. En todo caso, será una dificultad importante para la creación de «nuevos lectores».

El auge de los medios audiovisuales y la irrupción de las nuevas tecnologías de la comunicación sí han favorecido un

cierto cambio de modelo cultural, ya que hemos pasado de la supremacía de una cultura alfabética, textual e impresa a la de otra que se construye mediante imágenes audiovisuales. Este cambio sí implica ciertas modificaciones en el uso del lenguaje y, sobre todo, en las capacidades de razonamiento, lo que –a su vez– podemos comprobar en los hábitos lectores de los más jóvenes y en sus habilidades para la lectura comprensiva. Este cambio de modelo ha sido general en el conjunto de la sociedad, que ofrece continuamente espectáculos y actividades, incluso informaciones, en las que prevalecen las imágenes y los iconos frente al texto escrito.

Las *nuevas tecnologías* no son neutras ni inocentes; «chatear», por ejemplo, no es sólo una forma de comunicación, sino que exige –no sé si impone– un nuevo lenguaje y, con él, un nuevo lector. Georges Steiner (2000, 64) ha señalado que «nunca tanta información ha generado menos conocimiento». No podemos confundirnos: la informática, Internet particularmente, es una excepcional manera de democratizar el acceso a la información que hace posible, además, la adquisición de nuevos conocimientos, pero no deja de ser una lectura instrumental; como dice Ana M<sup>a</sup>. Machado (2002, 36):

No es una forma de adquirir sabiduría. Para la transmisión de la sabiduría se exige otro proceso, en el que decidir no depende de una opción entre otras del menú, de una preferencia por «esto o aquello», sino de una comparación entre «esto y aquello», con análisis de argumentos, oposición de contrarios, complementación

de divergencias, encadenamiento lógico que lleve a conclusiones, etc. Un proceso complejo (...).

La mayoría de las encuestas de hábitos de lectura son muy generosas en su consideración de *lectores*, incluyendo como tales a individuos «cuyas prácticas son muy esporádicas y cuyo dominio del lenguaje escrito resulta débil en exceso» (Gómez Soto, 2002, 104). Aún así, esas mismas encuestas coinciden en señalar que, aún hoy, uno de cada dos españoles mayores de 14 años no lee habitualmente<sup>1</sup>. Por otro lado, el informe PISA de la OCDE, correspondiente al año 2002 y realizado en 32 países, ha señalado que un 15% de los escolares españoles llegan al final de la educación obligatoria con importantes problemas en su competencia lectora, problemas que, en la mayoría de los casos, están relacionados con su capacidad de comprensión lectora. Este dato ha sido confirmado en un nuevo informe PISA, hecho público a finales de 2004, sobre el que bastantes especialistas se han pronunciado, coincidiendo, en general, en la multiplicidad de factores que inciden en los resultados finales, y de los que, la profesora Anna Camps (2005, 38) ha señalado los siguientes:

Inversión en educación, formación del profesorado, consideración social de la enseñanza y de los profesores, equidad y «comprensividad» del sistema, nivel cultural general, (...).

¿Podríamos hablar, entonces, de crisis de la lectura? Pues, probablemente, sí, aunque sea en unos momentos en que, como ya dijimos, se lee más que nunca.

---

(1) La cifra de lectores alcanza casi el 60% en verano. (Cf. el Barómetro de hábitos lectores y compra de libros de la Federación de Gremios de Editores de España; tercer trimestre de 2004).

O, al menos hablaríamos de un nuevo analfabetismo, aparentemente menos peligroso que el analfabetismo funcional; podríamos llamarlo «ne oanalfabetismo», extendido por todo el mundo desarrollado y protagonizado por esos nuevos lectores, fascinados por los nuevos soportes de lectura, que no son lectores literarios ni tampoco, en muchos casos, lectores competentes. Este «ne oanalfabetismo» sólo podrá ser superado mediante una diferente consideración social de la lectura, que parta de las instituciones, que favorezca la lectura activa, libre y crítica, como primer e imprescindible paso para el ejercicio regular de la lectura literaria. ¿Cómo?

- Facilitando la creación de climas propicios para el ejercicio de la lectura.
- Proporcionando diversos y variados materiales de lectura y poniendo los libros a disposición de la gente.
- Favoreciendo la práctica de la lectura voluntaria en el ámbito escolar.
- Valorando los esfuerzos de los profesores en la promoción de la lectura.
- Concienciando a la sociedad de la importancia de tener muchos ciudadanos lectores.
- Convenciendo a los padres del valor de la lectura en la formación integral de sus hijos.

Esto sólo será posible con intervenciones institucionales decididas y duraderas que desarrollen y atiendan:

- Programas convincentes de *formación de mediadores*, que tengan continuidad.
- El fortalecimiento de las bibliotecas públicas y dotación de «bibliotecas escolares», con espacios y libros

suficientes, pero también con profesionales cualificados.

- La *Promoción social de la lectura*, convirtiendo el fomento de la lectura en un asunto de política de gobierno, con participación de todas las administraciones, con intervenciones en el ámbito familiar que logren, en un tiempo razonable, generar un clima social favorable sobre la lectura, así como crear conciencia de su valor social y modificar las actitudes de la población hacia ella, hacia los libros y hacia los lectores, implicando a artistas, deportistas, empresarios, medios de comunicación y otros sectores sociales.

Aunque no estamos del todo de acuerdo con Alberto Manguel (2002, 2), una parte de razón sí que tiene cuando dice que:

Las campañas para que la gente lea son hipócritas. Nuestra sociedades no creen en la importancia del acto intelectual. Los gobiernos tienen mucho miedo (...) Es muy difícil gobernar a un pueblo que lea y cuestione las cosas.

La historia confirma las palabras de Manguel: las hogueras de libros, la persecución de ciertas ediciones, los índices inquisitoriales de libros prohibidos, el secuestro de libros... Para algunos de los que han ostentado el poder ha sido una tentación limitar, condicionar, controlar o prohibir el acceso a los libros que pudieran ser sospechosos de contradecir al gobernante, por ser portadores de críticas o subversiones. Todo ello puede hacernos pensar, en ocasiones, que no se pone toda la voluntad necesaria para intervenir de verdad en el problema. Quizá podríamos preguntarnos si es legítimo «intervenir»

en la actitud lectora de los ciudadanos, siendo ésa una elección personal. Creo que sí es legítimo y conveniente intervenir, como entiendo que también lo es la intervención institucional en otras actitudes o hábitos: la conducción temeraria, el consumo de alcohol y tabaco o la conservación de la naturaleza. La bondad de esas intervenciones la corroboran los beneficios de esas prácticas.

La «sociedad del conocimiento», tan demandada en la actualidad como un objetivo a conseguir, debiera exigir la competencia lectora de todos sus ciudadanos; por eso, iniciado el siglo XXI, es más necesario que nunca un ciudadano lector, lector competente y crítico, capaz de leer diferentes tipos de textos y de discriminar la abundante información que se le ofrece a diario en distintos soportes. Si la lectura fue, en otro tiempo, una actividad minoritaria, que discriminaba a las personas, hoy debiera considerarse un bien al que debieran tener acceso todos los individuos. Ser alfabetizado es un derecho universal de todas las sociedades, porque el valor instrumental de la lectura permitirá a los ciudadanos participar –autónoma y libremente– en la «sociedad del conocimiento».

La mejora de los hábitos lectores de una población empieza con la formación de sus ciudadanos como lectores literarios ya en las primeras edades, en las que los mediadores seleccionarán las lecturas sin caer en la fácil tentación de elegir las por sus valores externos, sin considerar la historia que contienen o la manera en que está contada esa historia. Para que el camino recién iniciado en los nuevos lectores no se vea interrumpido es imprescindible que no les contemos historias aburridas, que no les impongamos las lecturas, que no frenemos sus motivaciones lectoras y que no les coartemos su capacidad para creer en cosas increíbles, para

imaginar mundos maravillosos o para sentirse muy cerca de los más fantásticos personajes. Pero en ese camino es necesaria la buena convivencia de las lecturas escolares y de las lecturas voluntarias. La suma de las experiencias que se derivan de ambas lecturas ayudará a la formación del espíritu crítico del nuevo lector, porque, como muy bien dice Jacqueline de Romilly (1999, 93):

Se habrá acostumbrado a la diversidad de juicios posibles y al contraste de los distintos sentimientos; habrá tenido que elegir, que tomar posición (...) Se habrá visto obligado a formarse una opinión previa (...), ilustrada, madura, personal.

Será capaz de entender y explicar lo que es y lo que siente, lo que sucedió en otro tiempo y lo que le hubiera gustado que nunca sucediera. Se sentirá, de algún modo, con capacidad para ejercer el juicio crítico con libertad.

## BIBLIOGRAFÍA

- CAMPS, A.: «La comprensión lectora, problema de todos», en *El País*, 7/01/2005, p. 38.
- GIL CALVO, E.: «El destino lector», en VV. AA.: *La educación lectora*. Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2001, pp. 13-26.
- GÓMEZ SOTO, I.: «Los hábitos lectores», en MILLÁN J. A. (Coord.): *La lectura en España. Informe 2002*. Madrid, Federación de Gremios de Editores de España, 2002, p. 95-120.
- LÁZARO CARRETER, F.: «El deseo de leer», en *ABC*, 12/02/1984, p. 7.
- MACHADO, A. M<sup>a</sup>.: *Lectura, escuela y creación literaria*. Madrid, Anaya, 2002, p. 15.
- MANGUEL, A.: Entrevista en *Babelia, El País*, 12/01/2002, p. 2-3.

MARCHAMALO, J.: «El mapa del tesoro», en VV. AA.: *Anuario sobre el libro infantil y juvenil*. Madrid, SM, 2004.

MORENO, V.: «¿Qué hacemos con la lectura?». En *CLIJ*, 166 (2003), Barcelona, pp. 7-13.

ROMILLY, J.: *El tesoro de los saberes olvidados*. Barcelona, Península, 1999.

STEINER, G.: *La barbarie de la ignorancia*. Barcelona, Taller de Mario Muchnik, 2000.